

BIBLIOGRAFIA

EL ANFITRION

De Jorge Edwards

Editorial Planeta, Santiago, 1987. 201 pp.

Es grande la diferencia verbal y narrativa entre esta última y la penúltima novela de Jorge Edwards, *La mujer imaginaria*. El lenguaje que entonces fue lento y errático, es hoy directo, conciso, salpicado por toques de humor y fantasía. Nada de presentaciones lentas u oblicuas; en pocas páginas estamos del todo ambientados. Faustino Piedrabuena, comunista más bien laxo, ex crítico de arte, vive en septiembre de 1973 la odisea de exiliarse en Berlín Oriental, donde vegeta con ciertas comodidades mínimas. Desde esa perspectiva contempla a distancia los sucesos chilenos, con el aire desencantado de quien abomina del régimen militar, pero, a la vez, se aleja de los rigores del partido y se siente abrumado por la tristeza grisácea del Socialismo Real. Su compensación consiste en ciertas breves y festivas escapadas a Berlín Occidental ("Esto sí que es capitalismo", piensa).

El tono descarnado de su relato, y su aire de no hacerse ya ilusiones ideológicas de ninguna especie, confieren al narrador en primera persona una alta perspectiva crítica a la vez que irónica, y de ella recibe el lector una impresión de fuerte credibilidad. Ese tono, en lo formal, viene dado por una acción narrativa muy rápida —los sucesos vuelan—, por diálogos tan vivos como breves, y por cortos *flashbacks* de su pasado agreste —talquino— que están muy bien entrelazados con el veloz presente. Ya el primer capítulo, pues, anticipa una jugosa sátira del oficialismo y de la revolución a la vez, desde la distancia que proporciona un sufrido exilio. Los capítulos sucesivos alternan el relato en primera, segunda y tercera persona. A veces, el narrador es Faustino, a veces, es una voz que *habla con* Faustino y, a veces, todavía *habla de* Faustino. El rápido cambio de puntos de vista narrativo está bien manejado, e introduce variedad en el multiforme relato.

Y, sin embargo, lo que encontramos a poco andar no es la anunciada sátira. Mejor dicho, sigue siéndolo, pero sólo en la medida que consiente un novísimo personaje central, Apolinario Canales, un Mefistófeles criollo. Si *El anfitrión* es una sátira, lo es con el mismísimo Lucifer de por medio. Y si este Faustino de Talca es un Fausto criollo —en la huella de Goethe—, sus vicisitudes político-preternaturales son más satíricas que teológicas. Desde Berlín, Apolinario lleva a Faustino a visitar diversos escenarios chilenos, en una máquina que, no obstante su aspecto de helicóptero, posee más bien las propiedades mágicas de "los zuecos de la fortuna" (título de un cuento de Andersen, se recordará): lleva a sus tripulantes a cualquier punto del planeta con una velocidad cercana a la del pensamiento.

Los preámbulos de la gran *tentación* diabólica consisten en pasear a Faustino por las grandezas y miserias del Chile actual, por escenarios como el Club de La Unión, el Club de Golf, algún Club Alemán del sur, brindándole no sólo dinero y mujeres, sino aun la recreación aproximada de ciertos paraísos perdidos de su infancia y juventud, no sin mostrarle también la violencia, la represión y los extremismos en acto del Chile actual. Tras de tanta maravilla viene el contenido de la "transacción": si Faustino vende al diablo su pasado —este Mefistófeles redivivo no se interesa por el "alma", sino por el pasado de

la víctima— entonces ésta ganará un nuevo pasado: un pasado *con futuro* político. El futuro consistirá, para Faustino, en ser primero el candidato y luego el gobernante de la transición post Pinochet, con seguridades completas —diabólicas— de éxito político, al que se añaden todos los demás placeres que el príncipe de este mundo puede ofrecer a un mortal.

Una vez reconocida la calidad satírica y pintoresca de la novela, cuyo tono verbal es siempre el informativo-verosímil —incluso en los episodios más preternaturales—, debo añadir que, en mi opinión, el problema central del relato es el injerto del otro mundo en éste, de lo mágico supernatural en lo cotidiano chileno (o alemán, tanto da). Pues en la mente del lector chocan dos convenciones narrativas que no se favorecen entre sí. La primera es la más propia de Edwards: el relato en clave realista y verosímil, por decirlo en términos simplificados. La otra es la convención del mundo mágico maravilloso (Andersen, por ejemplo) donde hay seres sobrehumanos cuyo solo pensamiento puede producir efectos extraordinarios en el universo.

Aquí el injerto, a mi parecer, desafina, incluso si se lo practica en nombre del humor, y quita a lo verosímil del relato, el peso específico al que puede aspirar como tal —dramatismo, denuncia, profundidad, grandeza—, convirtiéndolo en una chacota de tono menor (género no despreciable, por lo demás). Quiero precisar que no es cuestión de verosimilitud, sino de coherencia interna del relato consigo mismo.

En este caso, el lector se resiste al planteamiento del tipo de “supongamos que un chileno, exiliado en Berlín, es tomado por un genio maligno y traído a Chile para...”.

Por decirlo con una metáfora ponderativa: Faustino es el Gulliver de Jonathan Swift traído al mundo, con la condición humana de André Malraux, con vistas a un experimento político. Así como en el mundo de Swift todo transcurre en forma habitual o posible, excepto las mutaciones de tamaño de Gulliver en relación a ese mundo, de igual modo en *El anfitrión* la realidad —chilena o alemana oriental— discurre por sus cauces naturales en todo menos un factor capital: el poder de Apolinario y de su máquina de siete leguas. Sólo que un experimento como el de Swift, por razones formales, no cuadra en un contexto como el de Edwards. Lo diré de otra manera: en *La granja de los animales*, también George Orwell plantea, a través de lo preternatural —sus animales racionales y hablantes— una parábola política de totalitarismo, por cierto que llena de humor. Edwards tiene el mismo derecho, sólo que el *estatuto de ficción* de su novela posee una naturaleza distinta y heterogénea. Introducir en ella una pieza clave de orden mágico-alegórico es cosa que el lector no acepta con naturalidad: no sin que el resto de la novela tienda a lo trivial, a pesar de todos sus méritos, incluidos los episodios cómicos a que da lugar Apolinario Canales.

Así, por ejemplo, en este caso mefistofélico no se da el claroscuro moral, el temblor de la indecisión de conciencia, en riesgo de la libertad. Aunque se mencionen tales abismos —y se mencionan con frecuencia—, el carácter preternatural de Apolinario, en vez de sensibilizarnos hacia tales honduras, nos bloquea la experiencia ética. El propio Mefistófeles hace irreal su presunto carácter demoniaco. Podría ser un ente de ciencia-ficción: carece de toda atmósfera sobrenatural. También el drama del exilio, la infidelidad a la antigua causa, el aburguesamiento, la barrera del idioma, la soledad y la desesperanza se oscurecen en su dimensión humana por obra de ese diablillo que es

Apolinario. El mismo efecto se extiende a la decisión de Faustino: a su negativa de pactar con el demonio de la transición.

Hecha esta salvedad, debe agregarse que, si el lector consigue aceptar al diablillo como real —como una ficción tan verdadera que lo haga interlocutor válido de Faustino— muchas cosas le agradarán en *El anfitrión*: su ironía, su humor negro, su gracia fantasiosa, sus hallazgos descriptivos, incluso sus toques poéticos. Y, estemos en el orden natural o preternatural, o en una encrucijada de los dos, siempre captaremos, detrás de los caracteres y los sucesos y los diálogos, el espíritu juguetón y alegre del autor, que sonríe entre líneas, y no necesariamente más allá del bien y del mal. Pues hay una ética política tras estas páginas, si bien —y por fortuna— muy lejos de toda moraleja. Y hay también un cierto tratamiento —moral aunque festivo— de la condición humana en este curioso ensamblaje de Goethe, Swift, Orwell y Malraux, todos ellos convenientemente acriollados en *El anfitrión*.

IGNACIO VALENTE

IMAGINACION, SIMBOLISMO Y REALIDAD

De Jorge Peña Vial

Ediciones Universidad Católica de Chile

Santiago de Chile, 1987. 200 pp.

El libro de Jorge Peña que recién acaba de salir a la luz pública resulta ser un caso insólito en nuestro país, especialmente durante este tiempo. Es una seria reflexión dedicada a tratar un problema instalado medularmente en el campo de la investigación y hermenéutica filosófica. Raro como contribución al pensamiento de alto vuelo metafísico, porque no se ven aquí y ahora, con frecuencia, títulos como éste que hasta están en contradicción con el rebuscado éxito editorial o la lisonja pública. Son muchísimas las tribulaciones, de todo tipo, que deben enfrentar los filósofos nacionales para plasmar su pensamiento en el papel impreso (doblemente los de provincia). Las dificultades económicas y la carencia de facilidades editoriales resta motivación a los audaces intentos que los filósofos tengan por abrirse paso hacia la intersubjetividad de sus contemporáneos a través de la publicación de un libro. Por lo mismo, la mayoría de ellos se ve obligado a escoger el camino de dormir la frustrante siesta del ensayo inédito o del manuscrito perdido irremediablemente en un anaquel de la biblioteca personal. De ahí que celebremos de partida esta reconfortante excepción.

La obra que comentamos está dedicada en su estructura fundamental a investigar reflexivamente el tema de la imaginación, un asunto que ha dolido a grandes filósofos occidentales —antiguos y contemporáneos— por la dificultad que éste tiene y también por su riqueza inédita y cuya última visión sinóptica y completa, no se ha escrito todavía. El problema de la imaginación —nos recuerda José Ferrater Mora—, ha corrido